

El jóven se enjugó las lágrimas, y sin decir una sola palabra salió tristemente de la estancia.

Solo Dios podia volver la razon á la pobre mujer que la habia perdido á fuerza de sufrimientos.

Y sin embargo, D. Lope esperaba aquel milagro, y no pensaba mas que en castigar el crimen de D<sup>a</sup> Inés, á quien creía culpable de todo.

## XI.

En donde vuelven á encontrarse Luis y la Apipzca, y tienen relaciones con Fray Anjelo.

A Apipzca no entraba en el número de las personas denunciadas al Santo Oficio como judaisantes; y no tardó mucho en salir de la prision lo mismo que los demas criados de D<sup>a</sup> Inés

El dia en que la Apipzca consiguió su libertad, la primera idea fué averiguar qué habia sido del Señorito, á quien consideraba como su único protector, y con tal objeto se encaminó á la casa de éste.

El Señorito estaba ya preso; pero esto, como era natural, no se sabia en toda la ciudad; porque el estado en que la ronda le habia encontrado no le dejó decir ni su nombre.

D. Guillen de Pereyra habitaba una casa, en la que no se echaba de menos ninguna de las comodidades que tenían los hombres adinerados de aquellos tiempos, y la ausencia por algunos dias del amo de la casa, aun no habia introducido variedad notable en ella.

La Apipzca llegó al portal de la casa y se informó con

uno de los criados; pero no pudo obtener noticia alguna. D. Guillen, por razon de sus costumbres, de sus relaciones y de su vida, habia enseñado á todos sus sirvientes á no dar nunca noticias acerca de su persona.

La Apipizca se retiró resuelta á volver en busca del Señorito mas tarde.

Salió á la calle, y en la acera de en frente observó un hombre cuyo rostro no le pareció desconocido, se acercó mas, el hombre se sonrió con ella, y entonces pudo reconocer á Luis.

—Marta—dijo este alegremente—cuánto me alegro de verte en libertad: ¿qué ha pasado con nuestra pobre ama?

—Lo ignoro, pero creo que seguirá en cautiverio por muchos dias si es que á salir llega.

—¿Y tú cómo has salido? por qué?

—Lo ignoro, me llevaron hasta la puerta de las cárceles, y me dijeron: “puedes irte, estás libre;” y me fuí.

—¿Cuándo pasó eso?

—Hoy en la mañana.

—¿Y venias en busca del Sr. D. Guillen?

—Es mi único protector ahora.

—¿Le encontraste?

—No.

—Es muy extraño, muy extraño.

—Qué hay, ¿que te parece extraño?

—Oyeme Marta—dijo Luis despues de un momento de reflexion—¿eres *mujer de pecho*?

—Sí que lo soy—contestó la Apipizca con resolucion.

—¿Capaz de guardar un gran secreto y de ayudarme en una grande empresa que tengo entre manos?

—De todo eso soy capaz.

—Bueno, pues óyeme—¿Sabias tú que D<sup>a</sup> Inés tenia á una dama emparedada en la casa?

—¿Emparedada? no: ¿y en qué parte de la casa? ¿y por qué?

—El por qué yo mismo no sabré darte razon, pero ella estaba en una bodega.

—Cuéntame, cuéntame.

—Voy á contarte pero cuidado: si algo se llega á saber sé que eres tú la que haces la denuncia, y yo.... te mato; te mato Marta, y te lo juro por el santo de mi nombre.

—Nada de amenazas, que ni las necesito, ni me espantan.

—No te amenazo, Marta, te advierto nada mas; pues escucha: D<sup>a</sup> Inés trajo á esa dama no sé de dónde, y la hizo emparedar, encargándome que le llevara todos los dias su alimento; pan y agua.

—Pobrecita! cómo no lo supe, siquiera para ir á consolarla!....

—Buena era esa: ¿qué consuelo? si estaba loca.

—¿Loca? ¿entonces para qué.....?

—Es decir, se volvió loca al verse emparedada.

—Con razon.

—D. Guillen acompañó á D<sup>a</sup> Inés en todo el negocio, y luego se supo que D<sup>a</sup> Inés casaba con D. Guillen.

—¿Entónces fué?

—Sí, por aquí vá otra cosa mejor: el ama me confesó que ella se casaba con D. Guillen por miedo de que como sabia la historia ¿entiendes?

—Sí, bien.

—Yo dije: primero mis dientes, y le cante el amor á D<sup>a</sup> Inés y le propuse que se casara conmigo.

—¡Tú!

—Sí, y ella condescendió, y por eso despidió á D. Guillen

—Vamos ¿pero tú tienes sin duda *chupamirto* ó polvos de enhechizar?

—No tanto; pero sí secretos de D<sup>a</sup> Inés que *cantar* si me decia que no.

—Te luciste.

—Pasó lo que sabes: os llevaron á todos á la Inquisicion, de la que me escapé por la casualidad de no haber estado en la casa; ahora llega el misterio; creo que la denuncia la hizo D. Guillen *de picado* porque le habian despedido.

—Puede.

—La casa quedó sola y cerrada, y como nada se sacaron, yo rondaba para ver si habia por donde entrar, porque adentro estaba el dinero, *y si se lo han de llevar los moros que lo lleven los cristianos*, dije: y me puse en acecho, cuando hé aquí que veo una noche luces por dentro, me recato, y veo salir á un hombre, que nadie me quita de la cabeza que era D. Guillen, con otros dos, y que se sacaron á la loca.

—Vaya un misterio!

—Al dia siguiente vine á rondar esta casa por ver si podia colarme adentro y averiguar algo; pero lo estraño es que el tal D. Guillen para nada ha vuelto á aportar por aquí: ¿qué te parece de esto?

—Estoy pensando que quizá el Señorito.....

—¿Qué Señorito?

—Digo: D. Guillen estaba enamorado de esa dama loca?.....

—Es fácil, porque era muy bella, ó tal vez seria su mujer y le estorbaba para casarse con D<sup>a</sup> Inés.

—No era casado.

—¿Cómo vas á saber?

—Muy bien, y ya que tú me cuentas esa historia, yo te contaré otras cosas curiosas....

Y la Apipizca refirió á Luis cuanto sabia del Señorito, sin ocultarle ni el plan de robar al marqués.

Luis la escuchó con atencion hasta el fin.

—Valiente pícaro es el tal D. Guillen; pero nadie sabe para quién trabaja: oye mi plan, vamos á ser muy ricos; ante todo, hasta hoy nada han sacado de la casa del marqués, y yo sé á dónde está el dinero escondido; entraremos por él como se pueda, y luego por lástima averiguamos qué hizo D. Guillen ó el Señorito, como tú le llamas con la loca; damos el soplo á la justicia y se acabó el único que pueda perseguirnos ya.

—Yo creo que antes debemos buscar al Señorito y dar el soplo, porque no haga el diablo que nos estorbe el plan.

—Así lo creia yo; pero sabiendo tus relaciones con D. Guillen, no quise proponértelo, porque creo que lo quieres....

—Lo queria, pero ya no; se ha cansado de que yo le sirva de todo, y me enredó en el negocio de D<sup>a</sup> Inés, y por eso fuí á dar á la Inquisicion, de donde escapé por milagro: ya que iba á denunciar, me debia de haber dicho si quiera, sálvate ó cuídate.

—Es un infame!

—Sí lo es: con que primero es dar con él y quitárnosle de encima.

—¿Pero quién nos dará razon?

—Yo sé: unos amigos que viven en Tlalteloleo: ¿vamos allá?

—Vamos, pero sin perder tiempo.

Luis y la Apipizca se dirijieron á Tlaltelolco, y llegaron á la casa del Camaleon.

Como estaba tan reciente la aventura, al entrar á la casa

se encontraron con muchos desconocidos hombres y mujeres; eran vecinos que iban allí, atraídos por el deseo de conocer el lugar en que había acontecido tantas catástrofes, y tanto mayor era este deseo, cuanto que aquella casa tenía una fama negra en todos los alrededores.

Los que allí andaban, tomaron á Luis y á Marta por curiosos, y no faltó á poco quien les contara una gran historia de lo ocurrido; inventando por supuesto mil fantásticos pormenores, y asegurando que á la cárcel habían pasado su domicilio los dueños honrados de aquella casa.

Marta y Luis se hicieron de las nuevas.

—No sé por qué me parece que esto que ha pasado aquí tiene alguna relación con la historia de D<sup>a</sup> Inés—dijo la Apipizca.

—Necesario se hace ir á la cárcel á ver si puedes hablar con tus conocidos; esto es si tienes bastante confianza de ellos.

—Como de mí misma.

—Pues iremos.

—No, hasta la tarde es mejor; por ahora vamos á descansar y á comer.

—Vamos á donde quieras; te acompañaré, porque no debemos ya separarnos hasta ser ricos, y eso si á tí te parece....

—Ya veremos entonces.

Marta y Luis se entraron á un pequeño y sucio figon, en donde comieron y se entretuvieron hasta la tarde.

A las cinco se dirijieron á la cárcel con ánimo de buscar al Camaleon; pero llegando allí les ocurrió una dificultad que no dejaba de ser grave y en la que no habían pensado.

Marta no conocía á su amigo mas que bajo el nombre de

el Camaleon; y preguntar por el Camaleon, era una necesidad; quizá él no sería conocido con aquel nombre por la justicia: esto mismo le impedía finjirse de la familia de él, porque nadie se lo hubiera creído ignorando su nombre.

Por otra parte, preguntar solo por señas y por lo ocurrido en Tlaltelolco, era esponerse á las sospechas de los golillas, y caer quizá en un lazo.

Vacilaron, pues, y no se atrevieron á entrar ni á preguntar absolutamente nada, sino que resolvieron esperar una oportunidad, encontrar allí un amigo, ó ver un rostro que no les inspirase desconfianza.

En esa expectativa permanecieron algun tiempo, hasta que Marta dijo á Luis:

—Mira á aquel padre que habla, despidiéndose del alcaide.

—Ya le veo.

—Pues á ese sería bien preguntarle; tiene buena cara.

—¿Pero cómo le preguntó? mejor tú: al fin como mujer!

—Mejor los dos, por si uno se ataranta....

—Esto es....

En este momento, del interior de la cárcel salía un fraile, que no era otro que Fray Anjelo.

—Dispense su merced, señor—dijo Marta.

—Qué quieres, hija?—contestó Fray Anjelo.

—Quisiéramos pedir á su merced un favor.

—Habla.

—Pero no aquí, si su merced lo permite.

—Pues á dónde?

—Allá á fuera.

—Vamos á fuera.

Y Fray Anjelo, seguido de Luis y de Marta, salió á la calle.


Caminaron un poco y se detuvieron cerca de una esquina, á donde le pareció á la Apipizca mas á propósito para hablar con Fray Anjelo.

La jente pasaba, pero no paraba la atencion en ellos, porque en aquel tiempo nada de lo que hacian los clérigos era mal visto, por mas que lo pareciera.

La Apipizca verdaderamente no sabia por dónde comenzar; pero Fray Anjelo le inspiraba confianza y se resolvió á hablar.

## XII.

De lo que hablaron Fray Anjelo y Marta, y de lo que resultó de esta conversacion.

-  SEÑOR, dispéñeme vuesa merced—dijo Marta —pero es el caso que nosotros andamos aquí en busca de un pariente nuestro, que dicen que está en la cárcel; y como no conocemos á nadie, y tenemos miedo á la jente de justicia, queremos ver si su merced, que de adentro sale, podrá darnos razon de él.
- Difícil será—contestó Fray Anjelo—porque casi á nadie conozco; que llego solo al calabozo en que está el señor marqués de San Vicente; pero digan cómo se llama ese hombre, por si le he oido mentar, ó por si acaso puedo averiguar algo cuando vuelva á entrar.
- Conocíanle y mentábanle solo con el apodo de el Camaleon.
- Pues así menos sé quién es.
- Dígame su merced, unos hombres que hicieron presos por Tlaltelolco.
- Entre ellos está?
- Sí.